

PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres.—Escritores franceses modernos que más se distinguen en este ramo de literatura

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fué desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habían estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros días: algunos, no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta Labruyère los resultados de su observación del corazón humano en caracteres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y lacónicos, como Laroche-foucault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composición poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula más ó menos intrincada para desenvolver una lección moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis, madame Cottin, Fielding y otros, creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu excitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales sólo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que, según cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrían la boca hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cartas persas*. Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenía que envidiar la literatura española á las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró á veces en Calderón mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcón, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores excelen-

tes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nación que puede citar á Cervantes, á Quevedo, á Mateo Alemán, á Luis Vélez de Guevara, al autor de *La Celestina*, del *Gil Blas*, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, á Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del *Espíritu de las Leyes* en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habían considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza: pintores, habían retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habían pintado tal cual esta ó aquella marina lo ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habían reconstituido el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caracteres especiales que las distinguiesen, no era fácil retratar caras, sino especies. La religión cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde antes no había sino muchedumbres más ó menos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo más necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó á ser sociedad lo que hasta entonces no había sido sino reunión, y cada sociedad entonces tomó caracteres diferentes, según la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que sólo podía hallarse en el principio, y que sólo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caída del vasto imperio romano que había abar-

cado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino más en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el día de la nueva nivelación, de la igualdad completa; á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalón más alto de la civilización humana nos ha de volver á reunir algún día como nos tenía reunidos á la caída del imperio.

Unos empezaron más pronto á tener caracteres distintivos de los demás. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habían dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fué Addison en *El Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, país que siguió en el orden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, así que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habían de distinguirla, así que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron también escritores destinados á pintar las fases que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban más que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera, pues, llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfección de las artes traía consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicación. Los periódicos fueron, pues, los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debía de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de *L'ermite de la Chaussée d'Antin*, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan más vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las ca-

pitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquélla la misma diferencia que entre una y otra nación, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageración, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas*, etcétera. Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetración, ¿qué podrá suceder á los que, guiados sólo de un interés de especulación, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demás? Dos males han procedido de aquí: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras, después de haber excitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su extravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observación hasta un punto que toma imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que, pecando por esto, no es verdad más que el día que ve la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputación con ella del autor. De aquí tanta reputación pasajera, que no teniendo existencia propia vive, como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es, pues, necesario que el escritor de costumbres no sólo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir además cuáles son los verdaderos trazos que bastan á dar la fisonomía: descender á los demás, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde más cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, extenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Ladvocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres cuya reunión pudiese publicarse bajo el título general de *París*, es el

cuadro más vasto, el monumento más singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra más grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡para qué! para enterrar á un rey: salvo la duración, pues las arenas literarias no dejarán más que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal. No podremos menos, sin embargo, de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *Les béotiens de París*, de Luis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que, como escritor de costumbres, no dudaremos en poner á la cabeza de los demás es Balzac, después de admirado el cual, pues no puede ser leído sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero también de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada, asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia, ¡cuán pocas veces ridícula!

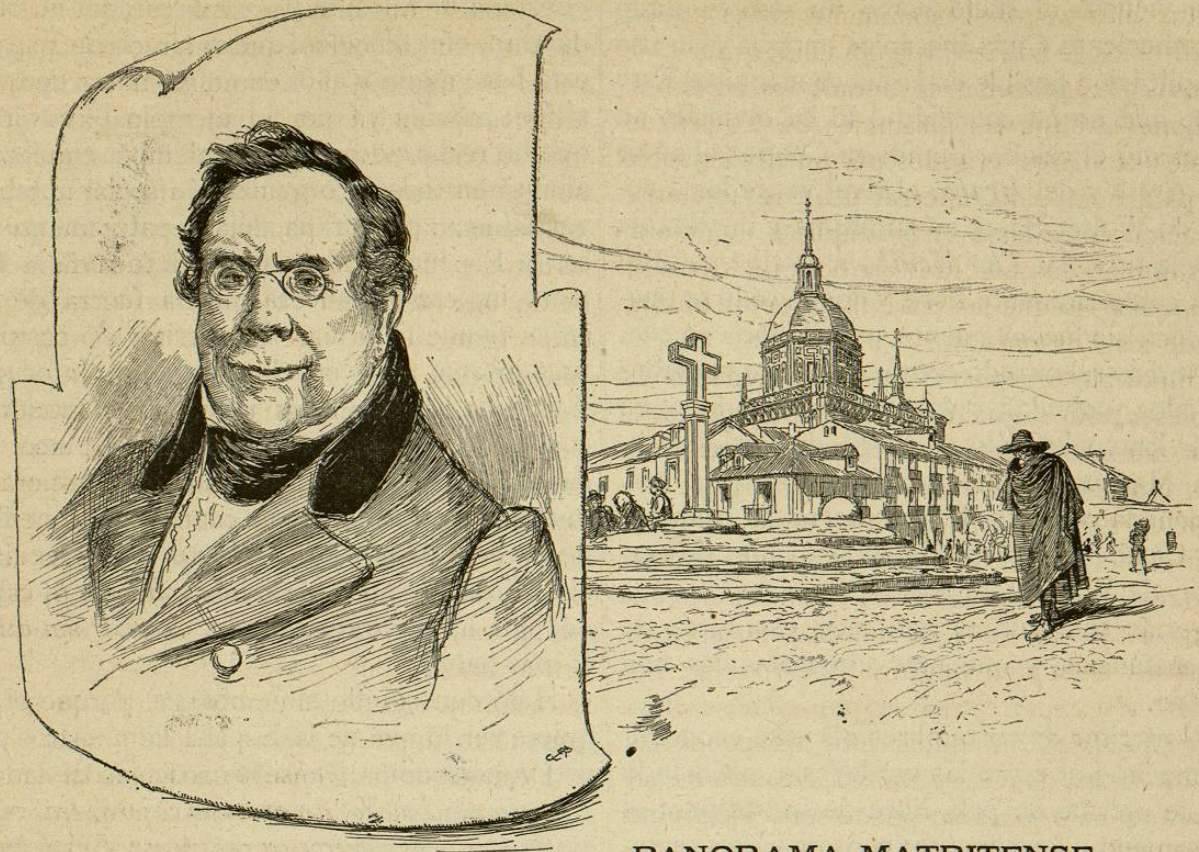
Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedía el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confín, para ver, asomado allí, ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.



No citaremos ni á Eugenio Sue, ni á Alfredo de Vigny, ni á Jorge Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fe, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo más importante de lo que parece en el día para nuestro país.

Sólo concluiremos esta reseña citando á Paul de Kock para rebatir una opinión demasiado extendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y verdadero genio Paul de Kock, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas; ni goza de otra consideración que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los días.

Después de haber dado una idea del origen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que sólo puede existir en el país para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible su versión á otras lenguas, y después de haber expuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros países, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.



PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTÍCULO SEGUNDO Y ÚLTIMO

Por lo que del género hemos apuntado en general, puede deducirse cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educación establece entre unas y otros; que tenga, además de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precisión en que de

decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin esa rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que más han brillado los esfuerzos del ingenio, la alegoría expira ya en el día á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á estas ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja, desde el momento en que los demás sean los más fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula, y la alegoría en-

tera viénesse al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicación posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espta* y del *Bravo*; el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada: *The Monikins*, escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales sólo el riesgo de fastidiar corría. Mezquino imitador de una idea ya desahogada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wandon *al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicación de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitación. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos después del Madrid físico, que en su excelente Manual había diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitación. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfección progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del *Panorama* ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observación con singular tino y gracejo, y exponer á nuestra vista

el estado de nuestras costumbres; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecía: la España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando después que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duración de la obra, y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedido, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de días*, *Los cómicos en cuaresma*, *Las ferias*, *La capa vieja*, *La casa á la antigua*, *La procesión del Corpus*. Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las costumbres de Madrid*, *El día 30 del mes*, *Las tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La político-mantía*, *Las tres tertulias*, *Las niñas del día*, *Las casas de baños*.

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: *1802 y 1832*, el ingeniosísimo de *El aguinaldo*, *El extranjero en su patria*, *El sombrerito y la mantilla*, *La vuelta de París*.

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: *El retrato*, *El amante corto de vista*, *Tomar aires en un lugar*, *El barbero de Madrid*, *Pretender por alto*, *Los paletos en Madrid*, *El patio de Correos*, etc.

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? Recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo*.

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su medida, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecución.

Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animación también necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho también algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinión pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se hallan el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso Hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

Escritores nosotros también de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el Curioso Parlante, si no preten-

demo haber alcanzado igual grado de perfección tenemos sí la persuasión de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustración de nuestro país, nos mueve más á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideración general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento y démonos el parabién por haber tenido una ocasión más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la péñola satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precisión de lastimar.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresión de este drama, más importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposición alguna para la risa con que suele *Fíguro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que, secuaces mezquinos de la antigua rutina, mirábamos con horror en España toda innovación: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura

no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declarararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.